

UN CATEDRÁTICO NEO-TOMISTA

En este mismo número se publican los afectuosos recuerdos de los profesores y la Consiliatura del Colegio al doctor Julián Restrepo Hernández, en el quinto aniversario de su muerte.

Dicen muy bien los señores catedráticos que uno de los distintivos de nuestra *Alma parens* y, agregamos nosotros, una de las causas de su perennidad y progreso, es la agradecida memoria que guarda de sus hijos ilustres. Pero este nobilísimo sentimiento ha solidado no traducirse en repetidos actos públicos y solemnes. Después de los que presencié esta ciudad a la muerte de nuestro egregio fundador, no volvió a hacérsele manifestación alguna hasta ciento treinta años después, cuando el doctor Fernando Caycedo y Flórez trasladó con regia pompa los restos mortales del insigne arzobispo a la capilla del Colegio. Y no tornó fray Cristóbal a recibir especial homenaje sino al cabo de otros ciento diez y seis años, con motivo de la erección de su estatua, en el claustro principal. Sin embargo, tan vivas estaban la veneración y la gratitud a su memoria en los corazones de los hijos del Rosario, que bastó una simple insinuación para que todos los que habían sido discípulos de estas aulas suscribieran en pocas semanas la ingente suma que importó el monumento.

Cuando falleció el doctor Restrepo Hernández, el Claustro le rindió los mayores tributos que acostumbra para sus miembros más esclarecidos. ¿Qué condiciones especiales le han alcanzado tan pronto este nuevo recuerdo?

No su portentosa inteligencia, ni sus vastos y profundos conocimientos jurídicos, ni el brillo de sus lecciones en la cátedra durante cerca de treinta años, ni

su amor al Colegio, ni los valiosos servicios que tuvo ocasión de prestarle; porque esos mismos títulos los han tenidido en mayor o menor grado, otros de los profesores que nos han precedido en el curso de dos siglos y medio.

El eximio arzobispo Torres fundó su Colegio para que fuera baluarte de la fe, «seminario de la doctrina de santo Tomás.» Y eso fue durante dos centurias. Sobrevino un eclipse: la doctrina cristiana, la filosofía tomista salieron expulsadas de las aulas, y reinaron en ellas el sensualismo de Tracy, la ética utilitaria de Bentham.

Cuando, en 1886, la Nación, presidida por el doctor Rafael Núñez, transformó el régimen imperante, cuando «en el nombre de Dios, fuente suprema de toda autoridad», la Constitución de la República reconoció que «la Religión católica, apostólica, romana, es la de la Nación,» y agregó: «los poderes públicos la protegerán y harán que sea respetada como esencial elemento del orden social»; cuando dispuso: «la educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la Religión Católica,» se pensó con razón que al nuevo día le tocaba alborear en el glorioso recinto del Rosario.

Para lograrlo, había necesidad de un rector competentísimo que organizara el Colegio, después de la suspensión de los estudios y demás desastres ocasionados por la guerra civil; de un sacerdote docto y piadoso que infundiese el espíritu cristiano, de un profesor digno de reestablecer a santo Tomás de Aquino en su cátedra dos veces secular. El gobierno nombró rector al doctor Carlos Martínez Silva, a quien siguió don José Manuel Marroquín; designó para vicerrector y capellán al doctor Manuel María Camargo, hoy prelado doméstico de Su Santidad y canónigo de la Primada, y confió el curso superior de filosofía al doctor Joaquín Gómez Otero.

Este eminente sacerdote—ya lo hemos dicho varias veces y nos complacemos en repetirlo—fue, desde las aulas del Seminario de Bogotá, el iniciador de la restauración tomista en Colombia, antes de que León XIII promulgase la incomparable encíclica *Aeterni patris*.

A las lecciones de Gómez Otero concurre, como alumno externo el joven Julián Restrepo Hernández. Para aquel talento enorme, para aquella curiosidad insaciable de verdades, para aquella crítica sagaz, la doctrina de santo Tomás fue una revelación. Mientras la mayor parte de sus condicípulos se contentaban con aprender las lecciones para salir con bien en los exámenes, Restrepo se preocupó con los problemas filosóficos, como si en ellos le fuera la suerte de su vida. Tras recia lucha consigo mismo, con algunos de sus compañeros, con el sabio catedrático, quedó avasallado por el Angélico Doctor.

Y no se contentó con los rudimentos de la clase, sino que emprendió el estudio a fondo del gran Doctor, y continuó estudiándolo diariamente hasta la víspera de la enfermedad postrimera.

Los maestros de filosofía del Rosario, desde la fundación del Colegio, se habían limitado a sembrar la buena semilla en los oídos y los espíritus de los alumnos presentes a las lecciones. El doctor Restrepo Hernández extendió el beneficio a toda la Nación y a las generaciones venideras. De sus libros magistrales hemos hablado en otras ocasiones; y si hoy los recordamos una vez más, es porque ellos son los que principalmente le han merecido estos reiterados homenajes.

Muy gratos nos han sido. El preclaro profesor nos honró con su amistad y nos brindó las más delicadas atenciones. En todo tiempo hemos procurado corresponder a ellas en la débil medida de nuestras aptitudes.